



VENID A ADORARLE

ENERO 2015



MISIÓN MADRID

Congregado el pueblo, que puede entonar algún canto, si se juzga oportuno, el ministro se acerca al altar. Si el Sacramento no se conserva en el altar en que se va a tener la exposición, el ministro, cubierto con el paño de hombros, lo traslada desde el lugar de la reserva, acompañándole algún ayudante o algunos fieles con cirios encendidos. Expuesto el santísimo Sacramento, si se emplea la custodia, el ministro incienso al Sacramento.

1. Canto para la Exposición

*Quédate con nosotros;
la noche está cayendo.*

*¿Cómo te encontraremos al declinar el día,
si tu camino no es nuestro camino?
Detente con nosotros; la mesa está servida,
caliente el pan y envejecido el vino.*

*¿Cómo sabremos que eres un hombre
entre los hombres,
si no compartes nuestra mesa humilde?*

*Repártenos tu cuerpo, y el gozo irá alejando
la oscuridad que pesa sobre el hombre.*

*Vimos romper el día sobre tu hermoso rostro,
y al sol abrirse paso por tu frente.
Que el viento de la noche no apague el fuego vivo
que nos dejó tu paso en la mañana.*

*Arroja en nuestras manos, tendidas en tu busca,
las ascuas encendidas del Espíritu;
y limpia, en lo más hondo del corazón del hombre,
tu imagen empañada por la culpa.*

2. Lectura de un texto bíblico

Del evangelio según san Juan

Jn 1,35-42

En aquel tiempo, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice:

- «Éste es el Cordero de Dios.»

Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta:

- «¿Qué buscáis?»

Ellos le contestaron:

- «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?»

Él les dijo:

- «Venid y lo veréis.»

Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; serían las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice:

- «Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo).»

Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo:

- «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce Pedro).»

3. Oración en silencio

4. Canto

Tu has venido a la orilla
no has buscado ni a sabios ni a ricos
tan solo quieres que yo te siga.

*Señor, me has mirado a los ojos,
sonriendo has dicho mi nombre
en la arena he dejado mi barca
junto a ti buscaré otro mar.*

Tu sabes bien lo que tengo
en mi barca no hay oro ni espadas
tan solo redes y mi trabajo.

*Señor, me has mirado a los ojos,
sonriendo has dicho mi nombre
en la arena he dejado mi barca
junto a ti buscaré otro mar.*

Tu necesitas mis manos,
mi cansancio que a otros descanse,
amor que quiera seguir amando.

5. Lectura de un texto de S. Juan Pablo II, de la Carta apostólica *Dies Domini* 31,36

«Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Esta promesa de Cristo sigue siendo escuchada en la Iglesia como secreto fecundo de su vida y fuente de su esperanza. Aunque el domingo es el día de la resurrección, no es sólo el recuerdo de un acontecimiento pasado, sino que es celebración de la presencia viva del Resucitado en medio de los suyos.

Para que esta presencia sea anunciada y vivida de manera adecuada no basta que los discípulos de Cristo oren individualmente y recuerden en su interior, en lo recóndito de su corazón, la muerte y resurrección de Cristo. En efecto, los que han recibido la gracia del bautismo no han sido salvados sólo a título personal, sino como miembros del Cuerpo místico, que han pasado a formar parte del Pueblo de Dios. Por eso es importante que se reúnan, para expresar así plenamente la identidad misma de la Iglesia, la ekklesía, asamblea convocada por el Señor resucitado, el cual ofreció su vida «para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos» (Jn 11,52). Todos ellos se han hecho «uno» en Cristo (cf. Ga 3,28) mediante el don del Espíritu. Esta unidad se manifiesta externamente cuando los cristianos se reúnen: toman entonces plena conciencia y testimonian al mundo que son el pueblo de los redimidos formado por «hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación» (Ap 5,9). En la asamblea de los discípulos de Cristo se perpetúa en el tiempo la imagen de la primera comunidad cristiana, descrita como modelo por Lucas en los He-

chos de los Apóstoles, cuando relata que los primeros bautizados «acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (2,42).

La asamblea dominical es un lugar privilegiado de unidad. En efecto, en ella se celebra el sacramentum unitatis que caracteriza profundamente a la Iglesia, pueblo reunido «por» y «en» la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En dicha asamblea las familias cristianas viven una de las manifestaciones más cualificadas de su identidad y de su «ministerio» de «iglesias domésticas», cuando los padres participan con sus hijos en la única mesa de la Palabra y del Pan de vida. A este respecto, se ha de recordar que corresponde ante todo a los padres educar a sus hijos para la participación en la Misa dominical, ayudados por los catequistas, los cuales se han de preocupar de incluir en el proceso formativo de los muchachos que les han sido confiados la iniciación a la Misa, ilustrando el motivo profundo de la obligatoriedad del precepto. A ello contribuirá también, cuando las circunstancias lo aconsejen, la celebración de Misas para niños, según las varias modalidades previstas por las normas litúrgicas.

En las Misas dominicales de la parroquia, como «comunidad eucarística», es normal que se encuentren los grupos, movimientos, asociaciones y las pequeñas comunidades religiosas presentes en ella. Esto les permite experimentar lo que es más profundamente común para ellos, más allá de las orientaciones espirituales específicas que legítimamente les caracterizan, con obediencia al discernimiento de la autoridad eclesial. Por esto en domingo, día de la asamblea, no se han de fomentar las Misas de los grupos pequeños: no se trata únicamente de evitar que a las asambleas parroquiales les falte el necesario ministerio de los sacerdotes, sino que se ha de procurar salvaguardar y promover plenamente la unidad de la comunidad eclesial. Corresponde al prudente discernimiento de los Pastores de las Iglesias particulares autorizar una eventual y muy concreta derogación de esta norma, en consideración de particulares exigencias formativas y pastorales, teniendo en cuenta el bien de las personas y de los grupos, y especialmente los frutos que pueden beneficiar a toda la comunidad cristiana.

6. Oración en silencio

7. Preces

Con la mirada puesta en Jesús, unidos a él, oremos a Dios, nuestro Padre diciendo:

Te rogamos, óyenos

- Por la santa Iglesia, que cree, sufre y espera en todo el mundo: para que, fortalecida por el Espíritu Santo, dé testimonio de Cristo el Señor. Roguemos al Señor.
- Para que unidos en la caridad y en la verdad, los cristianos trabajemos juntos en el anuncio de la Buena Noticia de Jesucristo a todos los hombres. Roguemos al Señor.
- Por los no creyentes, para que a través de nuestro testimonio puedan reconocer al único y verdadero Dios y a su enviado Jesucristo. Roguemos al Señor.
- Para que los cristianos de todas las confesiones, congregados por el Amor, hagamos visible a Cristo en medio de los hombres. Roguemos al Señor.

Padre nuestro

Oh Dios,
tú has querido compartir nuestra debilidad,
haz que podamos participar de tu reino;
concede tener parte en tu gloria
a aquellos a quienes te hiciste cercano
al asumir la naturaleza humana.

Con la ayuda de la misericordia del único Dios,
que reina en la Trinidad,
y permanece por los siglos de los siglos.
R/. Amén.

Al acabar la adoración el sacerdote o diácono se acerca al altar, hace genuflexión sencilla, y se arrodilla a continuación, y se canta un himno u otro canto eucarístico. Mientras tanto el ministro arrodillado incienso al santísimo Sacramento, cuando la exposición tenga lugar con la custodia.

8. Canto eucarístico

Cantemos al Amor de los Amores, cantemos al Señor.
Dios está aquí,
venid adoradores adoremos a Cristo Redentor.
Gloria a Cristo Jesús, cielos y tierra, bendecid al Señor,
honor y gloria a ti, Rey de la Gloria,
amor por siempre a ti. Dios del Amor.

9. Oración

Oremos.
Que los sacramentos
con los que te has dignado restaurarnos, Señor,
llenen de la dulzura de tu amor nuestros corazones
y nos impulsen a desear las riquezas inefables de tu reino.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

10. Bendición y reserva

Dicha la oración, el sacerdote o diácono, tomando el paño de hombros, hace genuflexión, toma la custodia o copón y hace con él en silencio la señal de la cruz sobre el pueblo.

Acabada la bendición, el mismo sacerdote o diácono que dio la bendición, u otro sacerdote o diácono, reserva el Sacramento en el sagrario y hace genuflexión, mientras el pueblo, si se juzga oportuno, hace alguna aclamación y finalmente el ministro se retira.

11. Aclamación

Tu Palabra me da vida, confío en ti, Señor;
tu Palabra es eterna, en ella esperaré.